

# Rolando Cordera: Volver con la memoria

José Woldenberg

Rescatar la memoria es al mismo tiempo una necesidad y una ilusión. Una necesidad, porque nada podemos explicar sin ella, porque memoria e identidad son una misma cosa, porque la memoria es lo específicamente humano; y una ilusión, porque todos sabemos o intuimos que la memoria es evanescente, frágil, intransferible.

Hay quien habla de una memoria colectiva. Y en efecto existe. Se trata del mínimo común denominador de lo que una determinada comunidad recuerda. Le sirve como cohesionador, como referente común, como historia colectiva. No es poca cosa. Sin ella, las comunidades humanas serían como zombis sin pasado y sin capacidad de imaginar siquiera el futuro. Pero suele ser superficial, plana, mistificadora.

La auténtica memoria siempre es individual y por ello los intentos reiterados, a través de los libros, las películas, las grabaciones, los artículos, las fotografías, etcétera, de preservarla y transmitirla. Se trata de los esfuerzos que intentan que la experiencia no se pierda, que las historias no se desvanezcan, que las vidas no desaparezcan sin dejar rastro... a pesar de la certeza de que tarde o temprano todo (o casi todo) será humo.

Por ello resultan valiosas y aleccionadoras las entrevistas que Rolando Cordera realizó con muy diversos personajes.

Inició con una numeralia: se trata de veintidós hombres y cuatro mujeres; uno nacido en las postrimerías del siglo XIX (1898), dos entre 1900 y 1905, tres entre 1906 y 1910, dos entre 1911 y 1915, cinco entre 1916 y 1920, siete entre 1921 y 1925, cuatro entre 1926 y 1930 y dos entre 1933 y 1934. Siete nacieron en la Ciudad de México, dos en Jalisco, otros dos en Chihuahua, dos también en Guerrero, dos en Nuevo León y dos en Veracruz. Y uno en cada uno de los siguientes

estados: Michoacán, Yucatán, Chiapas y Puebla. Uno más nació en Kiev, otro en Colombia, uno en los Estados Unidos y dos en España. Sus oficios son diversos y aunque en algunos casos es difícil colocarlos en un casillero, la siguiente alineación da una idea de la pluralidad de actividades desempeñadas: se trata de ocho académicos, tres escritores, tres políticos, dos pintores, dos empresarios, dos arquitectos, dos funcionarios públicos, y un médico, un cineasta, una promotora cultural y una coreógrafa. Al día de hoy, por desgracia, doce han fallecido.

En todos los casos la actividad realizada tuvo un impacto público. Se trata de personajes que dejaron su huella en distintas actividades y que ayudaron a forjar parte del mejor patrimonio con el que cuenta el país. Son expresión de los anhelos y proyectos que modelaron buena parte del siglo XX mexicano y pueden coadyuvar a que la desmemoria no se convierta —aún más— en el signo de los tiempos.

Rolando Cordera conduce las entrevistas. Intenta y logra enmarcarlas en un contexto que en conjunto podría ser el siguiente: el cardenismo, la Segunda Guerra Mundial, el giro a la derecha en la conducción de la política nacional, la guerra fría, el desarrollo estabilizador, el estallido del 68, los vientos pluralistas, la reforma política y el presente que hoy es pasado (las entrevistas se realizaron para la televisión entre 1997 y 1998) y las expectativas de los entrevistados.

Ese hilo conductor devela unas biografías intensas, productivas, creadoras y en no pocas ocasiones contradictorias. Contradictorias consigo mismas, y por supuesto con algunas de las otras que como en un mural se exponen de manera conjunta en el libro.

Tengo un gusto especial por aquellos episodios en donde los entrevistados narran, cuentan, se detienen a rememorar sobre su pasado. Así, cuando Griselda Álvarez reconstruye las tertulias en la casa paterna o la visita a las “casas” de Fidel Velázquez y Jesús Reyes Heróles para promover su candidatura a la gubernatura de Colima, (me) resultan más interesantes que sus juicios, digamos, sobre el feminismo o el desarrollo de la ciencia. Porque al narrar se reconstruye una época ida, unos escenarios que se han evaporado y hasta algunas conductas que sería difícil encontrar el día de hoy.

Transcribo para darme a entender. Le dice Doña Griselda a Rolando: “Visité a Fidel Velázquez, que inmediatamente dijo ‘si me llegan a consultar con mucho gusto daré mi voto por usted sin ser colimense...’. ‘Pero don Jesús, a quien estimé muchísimo y siempre consideré un gran ideólogo, que además era amigo de mi familia de mucho tiempo, cuando le fui a consultar y le dije: tengo esta aspiración, conozco los problemas, él me dijo diecinueve veces no, así de contundente’. ‘No está preparada Colima para tener una mujer gobernadora’”. (Aunque el libro dice “política”).

De igual forma, el relato de Clementina Díaz de Ovando al entrar a la UNAM, a un mundo de hombres, en el cual irrumpía una mujer, nos vuelve, con gracia, a un México por fortuna desaparecido. Cuando entra al Instituto de Investigaciones Estéticas nadie le dirige la palabra, era “un androceo”, dice. “Justino Fernández, quien fue el que me formó intelectualmente, (al principio) no me hablaba; yo le decía buenos días y él pasaba, fruncía la nariz, y no me saludaba. Pero un buen día escribí un articulito sobre la poesía del padre Luis Felipe de Alfaro, y me dijo: ‘¡Ah!, pues si

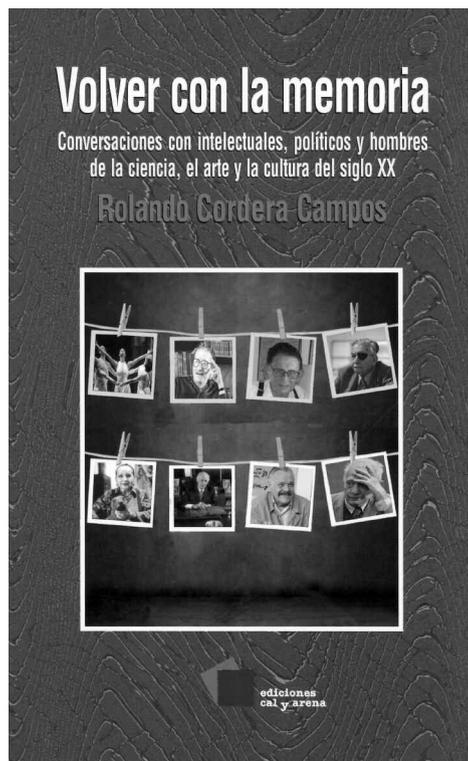
usted no es una aviadora ¿verdad?’. ‘No, le dije, he venido aquí a aprender y a trabajar’. Y a partir de entonces hicimos la gran amistad”. Ahora el Instituto, dice doña Clementina, “es un gineceo”. Los tiempos cambian y nos cambian.

Como nos recuerda Tzvetan Todorov (*El hombre desplazado*): “la memoria no es nunca una restitución íntegra del pasado, sino siempre, y únicamente, una elección y una reconstrucción. Estas últimas operaciones no están determinadas por la materia que se perfila en la memoria, sino por los sujetos que se acuerdan, con vistas a tal o cual objetivo”. Y quizás ahí se encuentra el principal atractivo del libro: se trata de trayectorias y subjetividades muy diversas que reconstruyen —como todas— de manera selectiva y de esa forma el pasado reaparece filtrado a la luz de marcos valorativos y convicciones distintas y en ocasiones enfrentadas.

Miguel Ángel Velasco y Othón Salazar por un lado, y Juan Sánchez Navarro o Andrés Marcelo Sada Zambrano por el otro representan biografías en los extremos de la pluralidad política y social que cruza al país. Los primeros son representantes decantados de la izquierda mexicana que vivió una militancia heroica fuertemente influida por los ecos de la revolución soviética; mientras los segundos fueron empresarios que edificaron algunas de las compañías más exitosas del país y se enfrentaron, en no pocas ocasiones, a los que calificaron como intentos socializantes de diversos gobiernos del PRI. Sus cristales para mirar la historia no sólo son distintos, sino confrontados. Pero al leer las cuatro entrevistas en conjunto aparece la diversidad de enfoques que hacen viva, tensa, complicada, la (no) convivencia social en nuestro país.

Por otro lado, todos lo sabemos, hay de narradores a narradores. Y algunos, muy pocos, tienen chispazos geniales en medio de una conversación. Se trata de momentos estelares de sabiduría e ingenio que aparecen como descargas eléctricas. Rolando le pregunta muy serio a Juan Soriano: “¿Qué debemos decir de la Iglesia hoy, en particular de la católica, con sus obispos y arzobispos hablando de todo y todo el tiempo?”.

Oigamos la respuesta de Soriano: “Hoy digo lo mismo que cuando era muy joven-



cito: me da horror todo lo que es una iglesia y un sacerdote; y si hubiera Dios, me suicidaría. No me gusta esa vida eterna que ofrecen, quiero una vida normal, no una ultraterrena maravillosa. Por eso las drogas no me interesan, no quiero más sentidos para nada, los cinco que tengo, y ojalá tuviera algo de sentido común, me bastan para vivir”.

Más allá del juego, de la ocurrencia, del destello de la inteligencia iconoclasta, se encuentra también la visión apocalíptica del escritor Álvaro Mutis. Individualista en el más profundo sentido de la palabra (“la idea de derecho nace, y la respeto, cuando está destinada y dedicada a salvar a la persona, al individuo, no a crear un ser amorfo de cien mil cabezas por el que hay que sacrificarse y perder la condición de individuo”), crítico de la democracia (cita a Ortega y Gasset: “cuando mucha gente está de acuerdo es sólo para una bellaquería o para una sandez”), ofrece una visión más que pesimista, desoladora, del transcurrir de la historia. “Hay una frase de Jean Cocteau que le dijo a Julian Green: el infierno existe: es la historia. La historia es una pesadilla. El hombre es una especie con una capacidad de destrucción y de maldad que no tiene límites. Y el que lea la historia con verdadero cuidado y con interés honesto, razonador y reflexivo, desde los primeros

tiempos hasta hoy, verá que es lo mismo, la misma masacre y la misma maldición”.

No es una reflexión para pasar por encima. Es el reconocimiento de una pulsión siempre presente a la que no se puede banalizar ni exorcizar. Pero por ello mismo también es posible ponderar todos aquellos diques, instituciones, normas, alertas, que se han edificado precisamente para que la pesadilla no se haga realidad, o por lo menos que no se haga realidad en todo momento y lugar.

El siglo XX mexicano concluyó en medio de altos contrastes. Como en esas fotografías donde artificialmente se suprimen los grises, podemos decir, como muchos de los entrevistados por Rolando Cordera, que a nuestras espaldas están grandes innovaciones científicas, expresiones culturales decantadas, obras de infraestructura nada despreciables, instituciones que nos permiten una mejor coexistencia; pero junto a todo ello, las monumentales desigualdades que siguen escindiendo al país, la pobreza que impide a franjas inmensas de ciudadanos ejercer sus derechos, y no pocas relaciones sociales marcadas por la inequidad, la discriminación y la intolerancia.

Afirma Miguel León-Portilla, otro de los entrevistados, que “Fray Juan de Torquemada, un franciscano que escribió una obra interesantísima, *La monarquía indiana*, dice que la historia es la compensación que tiene el hombre por la brevedad de la vida”. Y quizás, en efecto, con las historias que nos cuentan otros somos capaces de ampliar nuestro horizonte de visión e incluso de comprensión. Si ése fuera el caso, leer el puñado de entrevistas que hoy recoge Rolando Cordera puede ser estimulante para ver a través de los ojos de otros, entender con los códigos intelectuales de destacadas personalidades de nuestro país, e imaginar a través de las ilusiones y proyectos que otros pusieron a circular. No es poca cosa.

Aunque a lo mejor también, como le acabo de leer a Philip Roth (*Indignación*), “quizás esta perpetua rememoración no sea más que la antesala del olvido”. ■

Rolando Cordera, *Volver con la memoria*, Cal y Arena, México, 2009, 337 pp.